

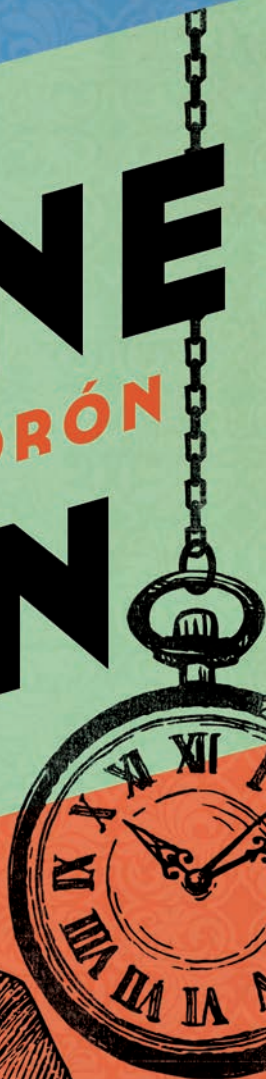
MAURICE LEBLANC



# ARSÈNE

CABALLERO LADRÓN

# LUPIN



booket

# **Maurice Leblanc**

## Arsène Lupin. Caballero ladrón

Traducción de Mauricio Chaves Mesén



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Arsène Lupin. Gentleman Cambrioleur*

© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avinguda Diagonal, 662-664, 6.ª planta.  
08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: Shutterstock  
Primera edición en Colección Booket: julio de 2021

Depósito legal: B. 10.836-2021  
ISBN: 978-84-08-24689-3  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex  
*Printed in Spain* - Impreso en España

## La detención de Arsène Lupin

¡Qué extraño viaje! Sin embargo, ¡había comenzado tan bien! Por mi parte, nunca hice uno que se anunciase bajo mejores auspicios.

El *Provence* es un transatlántico rápido, confortable, comandado por el más amable de los hombres. La sociedad más selecta se encontraba reunida allí. Se establecían relaciones y se organizaban diversiones.

Teníamos esa extraña impresión de hallarnos separados del mundo, reducidos a nosotros mismos como en una isla desconocida, y obligados, en consecuencia, a acercarnos los unos a los otros.

Y nos acercamos...

¿Has meditado alguna vez en lo que hay de original y de imprevisto en ese agrupamiento de seres que, todavía en la víspera, ni siquiera se conocen, y que durante algunos días, entre el cielo infinito y el mar inmenso, van a vivir las circunstancias más íntimas y a desafiar juntos las cóleras del océano, el asalto aterrador de las olas y la calma angustiada del agua dormida?

Esa es, en el fondo, una experiencia vivida en una

suerte de trágico resumen. La vida misma, con sus tempestades y sus grandezas, su monotonía y su diversidad. He ahí por qué, quizá, saboreamos con febril prisa y placer tanto más intenso este corto viaje, cuyo final percibimos desde el inicio.

Incluso después de algunos años, algo se suma singularmente a aquellas emociones vividas. Ocurre que la pequeña isla flotante depende aún de ese mundo del cual nos creíamos desprendidos. Subsiste un lazo que se desata poco a poco en pleno océano, y, poco a poco, allí mismo, se reanuda. ¡La telegrafía! ¡Noticias de otro mundo que recibiríamos de forma misteriosa! La imaginación no tiene siquiera el recurso de evocar los hilos por los cuales se desliza ese mensaje invisible. El misterio es todavía más insondable y poético, y recurrimos a las alas del viento para explicar este nuevo milagro.

En las primeras horas nos sentimos escoltados y precedidos por una voz lejana que, de cuando en cuando, susurraba a alguno de nosotros unas palabras del más allá. En un principio me hablaron dos amigos. Luego una veintena de voces nos enviaban a través del espacio sus adioses entristecidos o sonrientes.

El segundo día, a quinientas millas de la costa francesa, recibimos un telegrama que decía: «Arsène Lupin, a bordo, primera clase, cabellos rubios, herida antebrazo derecho, viaja solo, bajo el nombre de R...».

Era una tarde tempestuosa y sombría. En ese preciso momento, estalló un violento trueno y las ondas eléctricas fueron interrumpidas. El resto del mensaje no nos llegó. Del nombre bajo el cual se ocultaba Arsène Lupin no se supo más que la inicial.

De haberse tratado de otra noticia, no dudo que el secreto hubiera sido guardado escrupulosamente por

los empleados del puesto telegráfico, por el comisario de a bordo y el comandante. Pero hay acontecimientos que parecen romper la discreción más rigurosa. El mismo día, sin que pueda decirse cómo, el rumor había crecido y todos sabíamos que el famoso Arsène Lupin se ocultaba entre nosotros.

¡Arsène Lupin entre nosotros! El esquivo ladrón cuyas proezas se contaban en todos los periódicos desde hacía meses...

¡El enigmático personaje cuyas peripecias se desarrollaban de manera tan pintoresca y a quien el viejo Ganimard, nuestro mejor policía, había desafiado a duelo! Arsène Lupin, el imaginario caballero que opera en los castillos y los salones y que una noche irrumpió en la casa del barón Schormann y dejó una tarjeta ornada con estas palabras: «Arsène Lupin, caballero ladrón, volverá cuando los muebles sean auténticos».

¡Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces: conductor, tenor, corredor de apuestas, hijo de familia, adolescente, anciano, vendedor marsellés, médico ruso, torero español!

Hay que imaginárselo claramente: Arsène Lupin, yendo y viniendo en un espacio reducido del transatlántico. ¡Qué digo yo! ¡En este rincón de la primera clase, donde unos y otros se topan a cada rato en el comedor, en el salón, en la sala de fumar! Arsène Lupin era quizá ese señor... o aquel otro... mi vecino de mesa... mi compañero de camarote...

—¡Y esto va a durar aún cinco días! —exclamó la mañana siguiente miss Nelly Underdown—. ¡Es intolerable! Yo espero que lo arresten. —Y dirigiéndose a mí agregó—: Veamos, señor de Andrézy, usted que tiene tan buena relación con el comandante, ¿no sabe nada?

—¡Yo bien hubiera querido saber algo para agradar a miss Nelly!

Nelly Underdown era una de esas magníficas criaturas que por dondequiera que van ocupan enseguida el lugar más destacado. Su belleza deslumbraba tanto como su fortuna y tenía una corte de fervientes y entusiastas admiradores.

Hija de una francesa y educada en París, iba a reunirse con su padre, el riquísimo Underdown, de Chicago. Una de sus amigas, lady Jerland, la acompañaba.

Desde el primer momento, yo había presentado mi candidatura al flirteo. Pero, en la rápida intimidad del viaje, la belleza de miss Nelly me había turbado de inmediato. Me sentía demasiado emocionado cuando sus grandes ojos negros se encontraban con los míos. Ella acogía mi admiración con cierto favor. Se dignaba a reír ante mis palabras ingeniosas y se interesaba por mis anécdotas. Una vaga simpatía parecía corresponder a mis sentimientos.

Solo un rival, quizá, me había inquietado: un joven bastante guapo, elegante, reservado, a quien ella parecía a veces preferir por su carácter taciturno sobre mis modales parisienses, algo más «fuera de lugar».

Él, justamente, formaba parte del grupo de admiradores que rodeaban a miss Nelly. Cuando ella me interrogó, nos encontrábamos en el puente, cómodamente instalados en unas mecedoras. La tempestad de la víspera había aclarado el cielo. La tarde era deliciosa.

—No sé nada específico, señorita —le respondí—, pero quizá podríamos investigar por nuestra cuenta, como haría el viejo Ganimard, el enemigo personal de Arsène Lupin.

—¡Oh! Usted se anticipa mucho.

—¿En qué? ¿Tan complicado es el problema?

—Muy complicado.

—Usted olvida los elementos de que disponemos para resolverlo.

—¿Qué elementos?

—Uno: Lupin se hace llamar señor R...

—Descripción un poco vaga.

—Dos: viaja solo.

—¡Si esta particularidad le resulta suficiente!

—Tres: es rubio.

—¿Y entonces?

—No tenemos más que consultar la lista de pasajeros y proceder por eliminación.

Yo tenía la lista en mi bolsillo. La tomé y la examiné.

—En primer lugar, noto que solo hay trece personas cuya inicial llama nuestra atención.

—¿Trece solamente?

—En primera clase, sí. Y de esos trece señores R puede comprobarse que nueve vienen acompañados de esposas, de niños o de criados. Quedan solo cuatro personajes sin compañía: el marqués de Raverdan...

—Secretario de embajada... —interrumpió miss Nelly—. Lo conozco.

—El mayor Rawson...

—Es mi tío —dijo alguien.

—Monsieur Rivolta...

—Presente —exclamó uno de entre nosotros, un italiano cuyo rostro se ocultaba bajo una hermosa barba negra.

Miss Nelly estalló de risa.

—El señor no es precisamente rubio.

—Entonces —continuó— estamos obligados a concluir que el culpable es el último de la lista.



—¿O sea?

—O sea, monsieur Rozaine. ¿Alguno conoce a monsieur Rozaine?

Todos callaron. Pero miss Nelly, interpelando al joven taciturno cuya asiduidad a su lado me atormentaba, le dijo:

—Y bien, señor Rozaine, ¿no responde usted?

Todos volvimos la mirada hacia él. Era rubio.

Seamos sinceros: sentí una ligera conmoción en mi interior. Y el molesto silencio me indicó que los demás experimentaban también una suerte de asfixia. Era absurdo, además, puesto que nada en el porte de aquel caballero lo hacía sospechoso.

—¿Que por qué no respondo? —dijo—. Porque, visto mi nombre, mi carácter de viajero solitario y el color de mis cabellos, he procedido ya a una investigación análoga y he llegado al mismo resultado. Por tanto, opino que se me arrestará.

Se le veía divertido al pronunciar esas palabras. Sus labios, como dos trazos inflexibles, se hicieron todavía más finos y palidieron. Hilos de sangre estriaron sus ojos. Sin duda bromeaba. Sin embargo, su fisonomía y su actitud nos impresionaron. Ingenuamente, miss Nelly preguntó:

—Pero usted no tiene una herida...

—Es verdad —dijo él—, falta la herida.

Con un ademán nervioso, se subió la manga y descubrió el brazo. Pero de inmediato me asaltó una idea. Mis ojos se cruzaron con los de miss Nelly: había mostrado el brazo izquierdo. Estuve a punto de hacer tal observación cuando un incidente distrajo nuestra atención. Lady Jerland, la amiga de miss Nelly, llegó corriendo.

Estaba trastornada. Nos juntamos a su alrededor y después de mucho esfuerzo logró balbucear:

—¡Mis joyas, mis perlas!... ¡Se lo han llevado todo!

No, no se habían llevado todo, como supimos después, sino algo mucho más curioso: ¡habían escogido las perlas!

De la estrella de diamantes, del pendiente de cabujones de rubí, de los collares y los brazaletes rotos extrajeron las piedras más finas, las más preciosas, las que tenían mayor valor y ocupaban el menor espacio. Las monturas estaban sobre la mesa, despojadas de las joyas como pétalos chispeantes y coloreados arrancados de las flores.

Para ejecutar ese trabajo, en pleno día y a la hora en que lady Jerland tomaba el té, había sido preciso atravesar un pasillo bastante transitado, forzar la puerta del camarote, encontrar una bolsa disimulada en el fondo de una caja de sombreros, ¡abrirla y escoger!

No hubo más que una opinión entre todos los pasajeros cuando se supo del robo. Se oyó una exclamación al unísono entre nosotros:

—Es Arsène Lupin.

En efecto, era el proceder misterioso, lógico y complejo de Lupin, pues siendo difícil ocultar la voluminosa masa que formaba el conjunto de alhajas, ¡mucho más fácil sería con pequeñas piezas sueltas, perlas, esmeraldas y zafiros!

Durante la cena notamos que los lugares ubicados a derecha e izquierda de Rozaine permanecieron vacíos. Por la noche supimos que el hombre había sido convocado por el comandante.

Su arresto, algo que nadie puso en duda, causó un verdadero alivio. Al fin respirábamos. Aquella noche se

jugó y se bailó. Miss Nelly, sobre todo, dio muestras de una alegría aturdidora que me hizo ver que las atenciones de Rozaine, que pudieron haberle agradado en un principio, ya ni las recordaba. Su gracia acabó por conquistarme. Hacia la medianoche, bajo la serena luz de la luna, le declaré mi devoción con una emoción tal que a ella no pareció disgustarle.

Al día siguiente, ante el estupor general, se supo que los cargos presentados contra Rozaine no eran suficientes y el hombre quedaba libre. Hijo de un importante comerciante de Burdeos, había presentado documentos perfectamente en regla. Además, sus brazos no presentaban la menor huella de heridas.

—¡Documentos! ¡Certificados de nacimiento! —clamaron los enemigos de Rozaine—. Pero ¡si Arsène Lupin podría presentar los que se quisiera! En cuanto a la herida, o no sufrió ninguna... ¡o ha borrado su cicatriz!

Se les objetaba que a la hora del robo —estaba demostrado— Rozaine se paseaba por el puente. A lo que ellos replicaban:

—¿Es que acaso un hombre del temple de Arsène Lupin tiene necesidad de asistir al robo que él mismo comete?

Había algo que ni los más escépticos podían discutir: ¿quién, salvo Rozaine, viajaba solo, era rubio y tenía un nombre que comenzaba con R? ¿A quién apuntaba el telegrama si no era a Rozaine? Minutos antes del desayuno, Rozaine se dirigió audazmente a nuestro grupo, y miss Nelly y lady Jerland abandonaron sus asientos y se alejaron.

Ciertamente era miedo.

Una hora después, una circular manuscrita pasaba de mano en mano entre los empleados de a bordo, los

marineros y los viajeros de todas las clases: monsieur Louis Rozaine prometía una suma de diez mil francos a quien desenmascarase a Arsène Lupin o encontrase al ladrón de las piedras.

—Y si nadie acude en mi ayuda contra ese bandido —declaró Rozaine al comandante—, yo, por mi cuenta, me las veré con él.

Rozaine contra Arsène Lupin, o, más bien, según lo que se decía, el mismo Arsène Lupin contra Arsène Lupin. ¡La lucha no carecía de interés! Se prolongó durante dos días.

Se veía a Rozaine ir de aquí para allá, mezclarse con el personal, interrogar, fisgonear. Por la noche se veía su sombra rondando.

Por su parte, el comandante desplegó la más activa energía. El *Provence* fue registrado de arriba abajo, por todos los rincones. Se buscó en todos los camarotes, sin excepción, con el pretexto de que los objetos podrían estar ocultos en cualquier lugar.

—Acabarán por descubrir algo, ¿cierto? —me preguntó miss Nelly—. Por muy brujo que sea el ladrón, no puede hacer que los diamantes y las perlas se hagan invisibles.

—Claro que sí —le respondí—, o habrá que registrar las copas de nuestros sombreros, el forro de nuestros trajes y todo cuanto llevamos puesto. —Le mostré mi Kodak, una 9 × 12, con la que no dejaba de fotografiarla en las poses más diversas, y dije—: En un aparato como este, ¿no cree que habría lugar para esconder todas las piedras preciosas de lady Jerland? Se simula tomar fotos y listo.

—Sin embargo, he oído decir que no existe ladrón que no deje algún indicio del delito.

—Sí, hay uno: Arsène Lupin.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque él no piensa solamente en el robo que comete, sino en todas las circunstancias que podrían inculparle.

—Al principio usted estaba confiado.

—Pero luego lo he visto en acción.

—Entonces, ¿según usted...?

—Según yo, perdemos el tiempo.

De hecho, las investigaciones no daban resultado alguno pese al esfuerzo. Al comandante le habían robado el reloj y, furioso, vigiló aún más de cerca a Rozaine, con quien había tenido varias entrevistas. Finalmente, por una graciosa ironía, el reloj fue hallado entre los cuellos postizos del comandante de segunda clase.

Todo aquello tenía un aire de prodigio y denunciaba el estilo humorístico de Arsène Lupin: ladrón, es verdad, pero también un diletante que trabajaba por gusto y diversión. Daba la impresión del caballero que se divierte con la puesta en escena y entre bastidores se ríe de su ingenio y de las situaciones imaginadas.

Sin duda, Arsène Lupin era un artista en su género. Cuando observaba a Rozaine, sombrío y obstinado, y al pensar en el doble papel que representaba, sentí cierta admiración por él.

La antepenúltima noche el oficial de guardia oyó lamentos en el lugar más oscuro del puente. Se acercó. Había un hombre tendido, con la cabeza envuelta en un mantón gris muy tupido y los puños amarrados con una delgada cuerda. Se trataba de Rozaine. Fue desatado, incorporado y recibió ayuda. Había sido asaltado en el curso de una de sus expediciones y derribado sobre el suelo. Llevaba una tarjeta sujeta a su traje con un alfiler, que contenía estas palabras: «Arsène Lupin acep-

ta con agradecimiento los diez mil francos de monsieur Rozaine».

La cartera robada contenía, en realidad, veinte billetes de mil francos. Naturalmente, el desventurado fue acusado de haber simulado el ataque. No obstante, aparte de que habría sido imposible amarrarse a sí mismo de esa forma, se comprobó que la escritura de la tarjeta difería por completo de la grafía de Rozaine; en cambio, se parecía extraordinariamente a la de Arsène Lupin, tal y como la reproducía un viejo periódico encontrado a bordo.

Así pues, se acabó la sospecha de que Rozaine fuera Arsène Lupin. Rozaine era Rozaine, hijo de un negociante de Burdeos. Y la presencia de Arsène Lupin se confirmaba una vez más, ¡y con un acto espantoso!

La gente estaba aterrorizada. Nadie osaba permanecer a solas en su camarote ni aventurarse a transitar sin compañía por lugares demasiado apartados. Prudentemente, los pasajeros se agrupaban entre ellos con quienes más confiaban; sin embargo, una sospecha instintiva dividía aun a los más íntimos. La amenaza no provenía de un individuo aislado, sino del conjunto; por lo tanto, era más peligroso. Arsène Lupin era ahora... todo el mundo. Nuestra imaginación sobreexcitada le atribuía un poder milagroso e ilimitado. Se le suponía capaz de adoptar los disfraces más inesperados, de ser unas veces el respetable mayor Rawson; otras, el marqués de Raverdan, o, incluso —pues nadie se limitaba ya a la acusadora inicial del nombre—, tal o cual persona conocida por todos, con su esposa, niños y criados.

Los primeros telegramas no aportaron ninguna novedad. Al menos el comandante no nos lo comunicaba,

y su silencio aumentaba nuestra intranquilidad. El último día de viaje parecía interminable. Vivíamos en la ansiosa espera de una desgracia. Esta vez no sería un robo ni una simple agresión; sería un crimen, un asesinato. No admitíamos que Arsène Lupin se limitara a dos robos insignificantes. Dueño absoluto del navío, con las autoridades reducidas a la impotencia, no tenía más que desear y todo le estaba permitido: disponía de los bienes y de las existencias.

Horas deliciosas para mí, lo confieso, pues me valieron la confianza de miss Nelly. Sobrecogida por tantos acontecimientos, y siendo de por sí de naturaleza inquieta, buscó a mi lado una protección, una seguridad que yo me sentía dichoso de ofrecerle.

En el fondo, yo bendecía a Arsène Lupin. ¿Acaso no era él quien me acercaba a miss Nelly? ¿No era gracias a él que yo tenía el derecho de abandonarme a las más hermosas ilusiones? Ilusiones de amor e ilusiones menos quiméricas, ¿por qué no confesarlo? Los Andrézy eran de buena estirpe de Poitou, aunque con su escudo de armas algo deslucido. No me parecía indigno de un gentilhombre devolverle el brillo perdido.

Yo sentía que mis ilusiones no ofuscaban en absoluto a Nelly. Sus ojos sonrientes y la dulzura de su voz las autorizaban y me decían que esperase. Los últimos momentos de travesía permanecimos acodados uno junto al otro sobre la baranda, admirando la silueta de las costas americanas, que desfilaban ante nosotros.

Las investigaciones se habían interrumpido. Todos estaban expectantes. Desde los pasajeros de primera clase hasta los migrantes que hormigueaban en el entrepuente, todos esperaban el momento supremo en que el insoluble enigma al fin se explicara.

¿Quién era Arsène Lupin?

¿Bajo qué nombre, detrás de qué máscara se ocultaba el famoso Arsène Lupin?

El momento supremo llegó. Podría vivir cien años y no me olvidaría ni del más ínfimo detalle de esos acontecimientos.

—¡Qué pálida está, miss Nelly! —le dije a mi compañera, que se apoyaba en mi brazo completamente desfallecida.

—¡Y usted! —me respondió ella—. ¡Ah!, ¡qué cambiado está!

—¡Imagínese! Este momento es apasionante; ¡me siento tan feliz de vivirlo junto a usted, miss Nelly!... Me parece que su recuerdo perdurará...

Ella no escuchaba; se hallaba agitada y febril. Cuando comenzamos a atravesar la pasarela unas personas subieron a bordo: eran aduaneros, hombres de uniforme, carteros.

Miss Nelly balbuceó:

—No me sorprendería que se descubriese que Arsène Lupin escapó durante la travesía.

—Quizá prefirió la muerte a la deshonra y se arrojó al Atlántico antes de ser detenido.

—No bromeé usted —dijo ella, ruborizada.

Me sobresalté ante su reacción; luego le dije:

—¿Ve usted aquel diminuto anciano en el extremo de la pasarela?

—¿Con paraguas y levita verde oliva?

—Ese es Ganimard.

—¿Ganimard?

—Sí, el célebre policía; el que juró que detendría a Arsène Lupin con sus propias manos. ¡Ah! Ahora comprendo que no haya habido informes de este lado del



océano. Ganimard estaba aquí. No le gusta que nadie se ocupe de sus asuntos.

—Entonces, ¿es seguro que Arsène Lupin sea detenido?

—¿Quién lo sabe? Según se dice, Ganimard lo ha visto siempre maquillado y disfrazado. A menos que conozca el nombre bajo el cual se oculta...

—¡Ah! —dijo ella con cierta cruel curiosidad de mujer—, ¡si yo pudiera presenciar la detención!

—Paciencia. Seguro que Arsène Lupin ya se percató de la presencia de su enemigo. Preferirá ser de los últimos en abandonar la nave, cuando los ojos del viejo estén cansados.

El desembarque comenzó. Apoyado en su paraguas, con aire indiferente, Ganimard no parecía prestar atención a la muchedumbre que se agolpaba entre las dos balaustradas. Noté que un oficial de a bordo, colocado detrás de él, le daba informes de cuando en cuando.

Desfilaron el marqués de Raverdan, el mayor Rawson, el italiano Rivolta y otros, muchos otros... Observé que Rozaine se acercaba.

¡Pobre Rozaine! ¡No parecía haberse repuesto de sus desventuras!

—Quizá sea él, a pesar de todo —dijo miss Nelly—. ¿Qué piensa usted?

—Que sería muy interesante tener en una misma fotografía a Rozaine y Ganimard. Tome mi cámara, voy demasiado cargado.

Se la di, pero era ya demasiado tarde para que pudiera usarla. Rozaine atravesaba la pasarela. El oficial susurró algo al oído de Ganimard, este alzó levemente los hombros y Rozaine continuó su paso sin ningún inconveniente.

Pero entonces, Dios mío, ¿quién era Arsène Lupin?

—Sí —dijo ella en voz alta—. ¿Quién es?

No quedaban más que una veintena de personas en la embarcación. Ella observaba con desconcierto, temiendo que Lupin no estuviera entre aquellas.

Yo le dije:

—Ya no podemos esperar más.

Miss Nelly se adelantó y yo la seguí. Apenas habíamos caminado unos metros cuando Ganimard nos cerró el paso.

—Bien, ¿qué ocurre? —exclamé.

—Un momento, señor. ¿Qué prisa tiene?

—Acompaño a la señorita.

—Un momento —repitió con voz imperiosa.

Ganimard me observó detenidamente; luego, clavando sus ojos en los míos, me dijo:

—Arsène Lupin, ¿no es así?

Me eché a reír.

—No, Bernard de Andrézy, simplemente.

—Bernard de Andrézy murió hace tres años en Macedonia.

—Si Bernard de Andrézy hubiese muerto, yo no estaría en este mundo. Y no es el caso. Aquí están mis documentos.

—Estos son los documentos de Bernard de Andrézy. Tendré el placer de que me explique por qué los tiene usted.

—Pero ¡usted está loco! Arsène Lupin se embarcó con la inicial R.

—Sí, un truco más de los suyos, una falsa pista que confundió a todos. ¡Ah! ¡Ah! Eres muy fuerte, amigo. Pero esta vez la suerte cambió. Vamos, Lupin, demuestrame que eres un buen jugador.

Dudé un segundo. Recibí un golpe seco en el antebrazo derecho y lancé un quejido. El golpe dio sobre la herida aún mal cerrada de que hablaba el telegrama. Vamos, había que resignarse. Me volví hacia miss Nelly. Ella escuchaba lívida, vacilante.

Nos miramos; luego ella bajó la mirada hacia la Kodak que momentos antes yo le había entregado. Hizo un ademán brusco y tuve la impresión, la certeza, de que en ese instante lo comprendió todo. Sí, allí estaban, entre las paredes estrechas de cuero granulado negro, en los dobles del objeto que había depositado en sus manos antes de que Ganimard me arrestara... los veinte mil francos de Rozaine y las perlas y diamantes de lady Jerland.

¡Ah! ¡Lo juro! En ese momento solemne, cuando Ganimard y sus dos asistentes me rodearon, todo me fue indiferente: mi arresto, la hostilidad de la gente, todo excepto la resolución de miss Nelly respecto al objeto que yo le había confiado.

Había una prueba material y decisiva en mí contra que nunca temí que tendría, pero ¿decidiría miss Nelly proporcionar esa prueba a Ganimard? ¿Me traicionaría? ¿Me perdería por ella?

¿Procedería como un enemigo indolente o como una mujer con memoria cuyo desprecio se atenúa con indulgencia y simpatía involuntaria?

Ella pasó por delante de mí; yo la saludé cabizbajo, sin decir palabra. Mezclada con los demás pasajeros, se dirigió hacia la pasarela con mi Kodak en mano.

«Sin duda, no osará entregarla en público, sino dentro de una hora, y en tan solo un instante», pensé.

Al llegar al centro de la pasarela, con un movimiento de torpeza simulada, la dejó caer al agua entre el muro del muelle y el costado del navío.

Luego la vi alejarse y desaparecer entre la multitud. Su bella silueta aparecía por unos instantes y volvía a desaparecer hasta que por fin se esfumó por completo. Todo había terminado... para siempre.

Me quedé inmóvil, triste y a la vez invadido de ternura; luego suspiré y, para gran sorpresa de Ganimard, dije:

—Igualmente es una pena no ser un hombre honesto...

Fue así como, en una tarde de invierno, Arsène Lupin me contó la historia de su detención. El cúmulo de incidentes que yo relataría algún día generó sólidos lazos entre nosotros... ¿diría que de amistad? Sí, me atrevería a decir que Arsène Lupin me honra con su amistad; y es por esa razón que a veces llega a mi casa inesperadamente y llena el silencio de mi estudio con su alegría juvenil, el resplandor de su ardorosa vida y su estupendo humor de hombre para quien el destino solo trae favores y sonrisas.

¿Su retrato? ¡Cómo pintarlo! He visto a Arsène Lupin muchas veces y siempre se me ha presentado de un modo diferente... o, mejor dicho, el mismo ser reflejado por una veintena de espejos distintos que devolvían múltiples imágenes con rostro, gestos, siluetas y caracteres particulares.

—Yo mismo ya no sé bien quién soy —me dijo en una ocasión—. Frente a un espejo ya no me reconozco.

Poseía buen humor y, pese a su paradójica personalidad, resultaba auténtico para quienes tropezaban con él, ignorando los infinitos recursos de ese hombre: su paciencia, el arte de maquillarse y la prodigiosa facul-

tad de transformar incluso las proporciones de su rostro y alterar sus rasgos.

—¿Por qué habría de tener una apariencia definida? —continuó—. ¿Por qué no evitar el peligro de una personalidad siempre idéntica? Mis actos me distinguen lo suficiente. Tanto mejor si nadie puede decir jamás con total certeza: «He aquí a Arsène Lupin» —agregó con orgullo—. Lo importante es que digan sin temor a equivocarse: «Arsène Lupin lo ha hecho».

En esta historia trataré de reconstruir algunos de los actos y aventuras que el propio Arsène Lupin tuvo la generosidad de confesarme durante aquellas tardes de invierno, en el silencio de mi estudio.